

Otras críticas, que no aborda Hood, se refieren al poco desarrollo de los modelos de organización que se plantean o al análisis apresurado de ciertos fenómenos administrativos (como el colapso organizacional). En cierto sentido, son críticas poco válidas, porque el autor nunca pretendió ser exhaustivo en su análisis; más bien buscaba ofrecer elementos para el desarrollo de una teoría cultural de la AP. Sin embargo, a fin de dar certidumbre sobre la capacidad explicativa de la teoría cultural, Hood mezcla demasiados temas que por sí solos podrían ser elementos de investigación y aun libros separados.

El enfoque cultural provee de conocimiento por ser una herramienta de análisis que permite desmitificar la AP, ya que cuestiona las ideas sobre la administración para ponerlas en perspectiva. Hood intenta quitarnos el velo de los ojos para articular mejores argumentos administrativos sin caer en la "novedad", la "modernidad" o las "mejores prácticas"; ideas con pretensiones de universalidad pero que al final no se sostienen. Hood presenta una teoría que nos vuelve escépticos con respecto a lo que leemos, escuchamos, decimos y creemos; pero muchas veces se va a los extremos. Un ejemplo de esto es que encierra a la sociedad en ciclos de cambio y estabilidad donde las ideas siempre se reciclan, pero nunca se crean. Así, pareciera que Hood considera que no puede existir nada nuevo bajo el sol, que todo ya está hecho y que lo único que sucede es una recombinación de los elementos. En este sentido, quedan preguntas tan importantes para el desarrollo de un paradigma científico que, si bien debe ser escéptico y desmitificador, también debe proveer elementos para entender la acumulación y la creación de conocimiento. No existen paradigmas únicos en el tiempo ni en el espacio, pero tampoco existen sociedades encerradas en lo que ya se conoce e incapaces de ver y crear nuevas realidades.

MYRNA DEL ROSARIO VAPELA SALAZAR

George Orwell, *Orwell and Politics*, Peter Davison (ed.), Penguin Books, 2001; Jeffrey Meyers, *Orwell, la conciencia de una generación*, Vergara, 2002; Christopher Hitchens, *Orwell's Victory*, Alien Lane/The Penguin Press, 2002, y Gordon Bowker, *George Orwell*, Little Brown, 2003.

Como sucede durante los prolegómenos de todo centenario, el de George Orwell (1903-1950) dio pie a un sinnúmero de publicaciones muy diversas sobre su vida y su obra. Entre ellas hemos escogido algunas que, por moti-

vos distintos, nos parecen interesantes. La primera es la recopilación titulada *Orwell and Politics*. En ella, Peter Davison reúne los textos políticos más importantes de Orwell, a excepción de los que tienen que ver con España, con Inglaterra y con los desposeídos, recogidos, respectivamente, en otros tres títulos, publicados también por Penguin Books: *Orwell in Spain*, *Orwell's England* y *Orwell and the Dispossessed* (el primero de ellos, por cierto, acaba de ser traducido al castellano por Tusquets). El editor de los cuatro libros en cuestión es Peter Davison, responsable de la publicación, hace apenas cinco años, de los 20 volúmenes de las obras completas de Orwell (que dejaron muy atrás, y no sólo en términos cuantitativos, a los cuatro que Sonia Brownell, ex esposa de Orwell, y Ian Angus habían preparado en 1968 bajo el título *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*).

*Orwell and Politics* incluye no solamente *Animal Farm* y algunos de los ensayos más conocidos de Orwell ("A Hanging", "Shooting an Elephant", "Politics and the English Language" y "Why I Write"), sino también un número considerable de reseñas, cartas y extractos que dan una idea muy completa del autor a quien Timothy Garton Ash, en la introducción del libro, considera "the most influential political writer of the twentieth century" (p. xi). Es ya un lugar común hablar sobre las deficiencias de Orwell como novelista y lo mismo se puede decir de la cita, extraída de "Why I write", en la que éste manifiesta que su escritura se volvía superflua en cuanto carecía de un objetivo político; en todo caso, hay mucho de cierto en ambas afirmaciones, lo que hace que *Orwell and Politics* contenga muchos ejemplos de lo mejor de uno de los mejores ensayistas en lengua inglesa. '

En cuanto al de Jeffrey Meyers, *Orwell*, la conciencia de una generación, se trata de la traducción de un libro aparecido originalmente en el año 2000, con un título (*Orwell: Winty Conscience of a Generation*) al que, como se puede ver, no se ajustaron los editores españoles. Se trata, tal como lo refiere el propio Meyers en el prefacio, de la primera biografía escrita después de publicados los 20 volúmenes arriba mencionados. Es cierto que, como lo afirma Meyers, el Orwell que surge de su libro "es más oscuro que la figura legendaria" (p. 12), pero, por una parte, eso es inevitable cuando el paragón se establece con "figuras legendarias" y, por otra, para el lector atento, esa oscuridad era ya perceptible en la que nos sigue pareciendo la mejor biografía que se ha escrito sobre Orwell hasta la fecha: *George Orwell: A Life* de Bernard Crick, publicada en 1980. Entremedias, por lo demás, está la de Michael Shelden (*Orwell: The Authorised Biography*, 1991), a la que Meyers, en la parte final de su libro (p. 370), se refiere elogiosamente, mientras que critica la de Crick porque, desde su punto de vista, descuida por completo la "vida interior" de Orwell.

Meyers es un autor con mucha experiencia en el campo de la biografía

(entre sus libros se cuentan amplios estudios sobre Lawrence, Conrad y Hemingway) y ello se nota a lo largo del texto: ameno, bien escrito, con un conocimiento profundo del personaje y con argumentos perceptivos sobre los mecanismos psicológicos que parecen estar detrás de algunas de las decisiones vitales más importantes de Orwell. Se trata pues de un libro que se lee con provecho; sobre todo si representa el primer contacto con su vida. Para los lectores de habla española, es importante señalar que la traducción deja que desear, por lo que aquellos que pueden leer en inglés deben recurrir al original.

El título del libro de Christopher Hitchens que consideramos aquí es elocuente: *Orwell's Victory*. Una elocuencia que no se pierde del todo en el título que los editores estadounidenses prefirieron darle al texto: *Why Orwell Matters*. En cualquier caso, estamos frente a una lúcida defensa de Orwell, escrita por una pluma ágil, informada, provocadora y que refleja una profunda admiración por el personaje. Admiración que no impide a Hitchens tomar en serio algunas de las críticas que, desde ámbitos muy diversos, se le han hecho al autor de *Animal Farm*. No obstante, en términos generales, Orwell sale muy bien librado; no solamente porque, al igual que Hitchens, pensamos que el personaje y su obra son de gran solidez, sino también porque, cuando hay que reconocer las "debilidades" de ciertos aspectos de su obra, Hitchens lo hace (no sin antes replicar y matizar algunas de las críticas; véase, p. ej., el capítulo 6, dedicado a Orwell y las feministas). Si hubiera que destacar alguna sección del libro en particular, creemos que el capítulo 2, dedicado a las turbulentas relaciones de Orwell con la izquierda, es uno de los mejores. En él, Hitchens pone en evidencia el simplismo, la mala conciencia y la hueca retórica de algunos eximios representantes de la izquierda inglesa del siglo XX; elementos que contrastan notablemente con la idea que de Orwell tenían varios destacados intelectuales de Europa Oriental (Havel, Bahro, Haraszti, Kolakowski, Simecka y Michnik), algunos de los cuales vivieron directamente el mundo que Orwell describía "literariamente" en sus novelas.

En cuanto a la lista supuestamente "descubierta" a mediados de la década de los noventa, en la que, supuestamente también, Orwell "delata" ante el gobierno británico a una serie de intelectuales ingleses, Hitchens, en apenas diez páginas, muestra que todas las críticas que, con base en dicha lista, fueron vertidas en contra de Orwell (y que, a raíz de su centenario, volvieron a aparecer aquí y allá) tenían como fuente principal ese deseo, aparentemente innato en el ser humano, de no aceptar que algunos hombres tienden a regirse por algo que se puede denominar "decencia" y que, por tanto, todo resquicio que apunte al resquebrajamiento de esa decencia debe ser aceptado como artículo de fe y explotado lo más posible.

Este punto nos lleva al último de los libros aquí considerados. Nos referimos a la biografía que Gordon Bowker acaba de sacar a la luz, en coincidencia milimétrica con el centenario del nacimiento de Orwell (su título es, simplemente, *George Orwell*; la edición estadounidense lleva el de *Inside George Orwell: A Biography*). No creemos que este nuevo libro agregue mucho a lo que ya dijeron Crick, Shelden y Meyers; sin embargo, nos gustaría detenernos en un aspecto que, si bien otros autores ya habían señalado, Bowker le concede especial relevancia. Se trata de las analogías entre la vida y la obra de Orwell y la de otro escritor europeo, contemporáneo suyo, con el que lo unen una serie de coincidencias personales, de talante intelectual y de tendencia política, pero a quien, por azares del destino, Orwell nunca conoció personalmente: nos referimos a Albert Camus. Estas analogías son no sólo “formales” (ambos eran tuberculosos, ambos murieron a los 46 años), sino que tienen que ver, precisamente, con los motivos centrales que explican, a un tiempo, la impopularidad de estos autores en el medio intelectual de sus respectivos países, y la popularidad que adquirieron una vez que se empezaron a disipar las “nubes ideológicas” que oscurecieron el cielo de Europa durante la Guerra Fría (expresión que, por cierto, parece haber sido acuñada por el autor de 1984).

Tanto Orwell como Camus colocaban la dignidad del hombre por encima de todo lo demás. Dignidad que, lógicamente para ellos, estaba obligada a buscar un equilibrio, siempre precario e inestable, entre la libertad y la igualdad, pero que, en todo caso, daba a este último concepto el mismo peso que a la libertad (de aquí que ambos se movieran siempre dentro del horizonte de la izquierda, si bien de una izquierda bastante heterodoxa). En palabras tomadas de la introducción a la edición ucraniana de *Animal Farm*, escrita en 1947, Orwell explica así la necesidad ineludible de mantener una postura eminentemente crítica frente al izquierdismo prevaliente en su tiempo: “Indeed, in my opinion, nothing has contributed so much to the corruption of the original idea of Socialism as the belief that Russia is a Socialist country and that every act of its rulers must be excused, if not imitated. And so for the past ten years I have been convinced that the destruction of the Soviet myth was essential if we wanted a revival of the Socialist movement” (Orwell and Politics, p. 319). Este mismo principio crítico, con toda la enorme carga de consecuencias políticas e intelectuales que tenía en plena Guerra Fría, está detrás del libro que resume, como ningún otro, los planteamientos político-filosóficos de Camus: *El hombre rebelde* (publicado en 1951, un año después de la muerte de Orwell, y cuya traducción, dicho sea de paso, no transmite del todo las connotaciones del título original: *L'homme révolté*).

Este rechazo absoluto a lo que entonces conformaba la ortodoxia de

izquierda en el continente europeo, aunado a una crítica sin concesiones a la sociedad capitalista de su tiempo, hicieron de Orwell, y de Camus, invitados muy incómodos dentro de sus respectivos medios intelectuales. Estamos pues frente a dos casos de lo que, sin temor a exagerar, puede denominarse “decencia intelectual”. Esta decencia, insistimos, no era, para Orwell, monopolio de nadie: “I am not, of course, suggesting that mental dishonesty is peculiar to Socialists and left-wingers generally, or is commonest among them. It is merely that acceptance of any political discipline seems to be incompatible with literary integrity” (Orwell and Politics, p. 486). Para Orwell, la decencia intelectual no sólo era la responsable de todo verdadero progreso de la humanidad durante los siglos precedentes, sino que, sin ella, “the very continuance of civilised life is by no means certain” (ibid., p. 456). Una decencia que, por cierto y para terminar con estas líneas, estaba muy lejos de implicar un alejamiento de la actividad política. Orwell y Camus fueron, a su manera, profundamente “políticos”; lo que los diferencia de muchos otros intelectuales coetáneos es que siempre consideraron que había una parte del hombre cuya característica definitoria debía ser la intransigencia: “If you have to take part in [politics] –and I think you have to, unless you are armoured by old age or stupidity or hypocrisy– then you also have to keep a part of yourself inviolate” (ibid., p. 488).

ROBERTO BREÑA